

de prueba habían sido suficientes para que el Santo Fundador se penetrase del espíritu de la Congregación, y por consiguiente debía retirarse, haciendo abstracción de toda clase de negocios, para escribir las Constituciones. Siempre obediente, escogió José la casa de Narni, instalándose allí en octubre de 1619. Antes de comenzar el trabajo, entregóse cuarenta días á prodigiosas austeridades, y á continuas oraciones para obtener la ayuda del Espíritu Santo en negocio de tal trascendencia. Pero érale muy difícil estar mucho tiempo tranquilo, porque al fin del mismo mes de octubre dirigióse el Cardenal á Narni. Dejemos que hable nuestro Santo. «A su vuelta de Loreto, hemos recibido al Cardenal Giustiniani con otros dos prelados, el cual se ha ido muy satisfecho, no sólo de los rápidos progresos de este nuevo Colegio, como lo han manifestado lo mejor que han podido tres de nuestros niños, sino también del recibimiento que le hemos hecho. En efecto, habiendo encontrado al Cardenal Ludovisi, le recomendó que viniese á nuestra casa, como lo ha hecho, pues en Narni no podía encontrar alojamiento mejor. Hice abrir dos puertas para poner en comunicación tres piezas, y ha tenido un salón con dos habitaciones bien amuebladas. En la parte exterior y á guisa de antecámara, tenía un corredor de ochenta pies de largo por diez y seis de ancho. Veo que en adelante nos veremos obligados á dar alojamiento á todos los Cardenales que pasen por Narni».

A la muerte de Matías, archiduque de Austria, rey de Hungría y de Bohemia y emperador de Alemania, que sucedió en marzo de 1619, promovieron gran revolución los protestantes contra Fernando II, su sucesor, y José escribía así el 9 de noviembre, «Aquí hacemos particulares oraciones por los negocios del emperador, aplicando todas nuestras intenciones y todas nuestras obras. Quiera el Señor escucharnos». En aquel tiempo lo mismo que hoy estaban estrechamente ligadas la política y la religión, y no temía mezclarse en ella nuestro Santo, lo mismo que sus hermanos y sus hijos.

Continuó orando con los niños más pequeños hasta el año siguiente, en que el Emperador y los católicos consiguieron en Praga una brillante victoria que tuvo por resultado la reducción de la Bohemia, de la Moravia, de la Silesia y de la Hungría, y la exaltación del Catolicismo oprimido. El P. Domingo había obtenido permiso del Papa para llevar en triunfo por las calles de Roma la Imagen de la Santísima Virgen; fué colocada en la Iglesia Paulina, en las Termas. Se le atribuyó la victoria alcanzada poco después de esta procesión, y desde entonces se ha llamado aquella Iglesia, Nuestra Señora de las Victorias.

Temíase mucho en aquel tiempo que muriera el P. Gaspar Dragonetti, que había cumplido ya los ciento diez años, y escribía José en 19 de noviembre de 1619. «Espero que no será su muerte antes del año santo (1625)». En efecto no sólo no mu-

rió el P. Gaspar antes del año santo, sino que vivió todavía tres años, y murió á los ciento veinte. (1)

A pesar del impropio trabajo de las Constituciones volvió á Roma Calasanz por dos negocios de importancia. Era demasiado pequeña la casa arrendada para Noviciado, y quería asistir á la traslación del mismo á la que había comprado no lejos de San Onofre, en la cuesta del Monte Janículo. Quería además introducir la causa de Beatificación del V. P. Glicerio Landriani, y sabiendo que sería muy largo el examen de sus virtudes, resolvió quedarse allí algunos meses. Había llegado también de Moricon, donde estaba de Superior el P. Victoria. Una mañana le ordenó el P. General que volviese inmediatamente á su casa con el compañero. Pidieron que se les permitiera comer antes, pues era difícil andar la distancia de veinte millas, estando en ayunas. Andad, les dijo José, Dios os proveerá. Obedecieron, pero después de andar seis millas, extenuados por el hambre, por el sol y por la fatiga, se sentaron cerca de una fuente para descansar. Sobre un banco próximo hallaron frutas y dos ricos panes. A pesar de todas las pesquisas, no pudieron saber quién los había llevado: y pensaron que, según la promesa de su Padre, les había proporcionado aquel alimento algún Angel. Lleváronse el pan que sobró, alabando y bendiciendo al Señor. Llegados á Moricon, repartieron aquel pan entre sus hermanos que lo hallaron de un sabor extraordinario. Se contó el hecho á San José, y respondió: «¿Se olvida Dios acaso de los que en él esperan?» Lo había experimentado él mismo muchas veces, y no podía dudar. No era temerario hasta prescindir de los medios naturales, pero tenía por máxima esta hermosa frase de que también se había servido San Ignacio. «Esperar en la Providencia divina, como si uno mismo nada debiera hacer, y obrar como si la Providencia ninguna parte hubiera de tomar en nuestras acciones». Hermosa sentencia que deben tener siempre presente los que están al frente de un gobierno. Hallóle un día muy pensativo el pintor Gutiérrez, y preguntándole el por qué, respondió: «No sé cómo dar de comer á mi gente esta noche: no tengo ni provisiones ni dinero para comprarlas» y después de hablar así, permaneció silencioso y recogido. No había pasado todavía una hora, cuando llegó de Mentana, que dista doce millas de Roma, un Coadjutor con un carro cargado de víveres que le enviaba el Superior de aquella casa sin que se lo hubieran pedido.

Acababa apenas de profesar el Hermano Sorbini, cuando le condujo á las puertas del sepulcro una fiebre violenta. Nada pudo tomar durante tres días, y declaró el médico que no pasaría del día siguiente. Afirmó, por el contrario, José, que no había llegado todavía su hora, que debía trabajar antes en las

(1) El P. Gaspar Dragonetti nació el 5 de abril de 1509, y murió el 7 de diciembre de 1628.

Escuelas, y que al día siguiente estaría bueno. Puso las manos en la cabeza del moribundo, que al momento se sintió aliviado y pasó buena noche: cuando volvió el médico al día siguiente, en vez de hallarlo muerto, como había anunciado, lo halló enteramente sano. Afirmaba el mismo hermano Sorbini, que, cuando estaba enfermo su hermano, enviaba á buscar á José que lo sanaba poniéndole las manos en la cabeza. Pero la última vez le dijo que se preparase para ir al Paraíso, porque iba á morir: lo cual se cumplió exactamente.

En los primeros días de 1620 quiso Paulo V hacer nueva promoción de Cardenales: había en lista diez, y entre ellos estaba Calasanz. Mandó al Cardenal Escipión Borghese que lo hiciese saber á los candidatos. Se encontró con el P. Ottonelli el Cardenal Peretti, y se lo comunicó en secreto, y el P. Ottonelli lo dijo á uno de sus discípulos. Pronto se extendió la noticia por Roma. No fué pequeño el disgusto que tuvo el P. José: reprendió al alumno indiscreto, amenazándole con la expulsión, si seguía hablando. Después tocó todos los resortes para evitar aquel honor, pidiendo con todo fervor á Nuestro Señor, á la Santísima Virgen, y sobre todo á los Angeles custodios de aquellos sus queridos niños, para que no se viera obligado á abandonar su educación. No cesó de instar á los Cardenales amigos, para que intercediesen por él. Se dirigió al Cardenal, sobrino del Papa, y al Príncipe Borghese, manifestándoles la necesidad que tenía de su Jefe una Congregación que contaba tan pocos años de existencia. Era muy honroso, le dijo el sobrino del Papa, para el Pontificado de de su tío no crear sino Cardenales inteligentes y capaces, y no nulidades como él mismo. Fueron tales sus instancias, que al fin consiguió ser borrado de la lista hacia el mes de octubre de 1620, siendo reemplazado por Mgr. Esteban Pignatelli, amigo del Cardenal sobrino, con lo cual fueron dos los agraciados, José y Pignatelli. Después ya pudo nuestro Santo retirarse seguro á Narni para continuar las Constituciones.

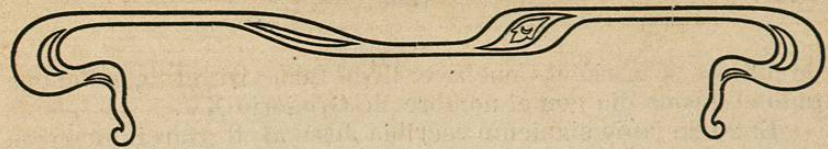
En su humildad consideraba como un triunfo aquella fuga tan precipitada como la de un criminal que teme el castigo. Marchó con solo un Hermano Coadjutor, llevando un jumento para ir á caballo; más para que no se fatigase el animal con doble carga, prefirió ir á pie todo el tiempo. Estaba tan absorto en Dios, que se cayó en el camino, rompiéndose una costilla á la altura del pecho. Mucho tiempo duró aquella contusión que le hizo sufrir horriblemente, sanando por fin con, ó á pesar de los remedios de la época que no eran más absurdos que los nuestros, con aceite de camomila y con polvos de rosas, de mirto y de almáciga.

El 9 de diciembre de 1620 murió en Roma el Cardenal Horacio Lancelloti, gran bienhechor de las Escuelas Pías, dejándoles en el testamento seis mil escudos, sobre treinta y dos mil pesetas. García, Ecónomo de San Pantaleón, pero que no había tomado el

hábito de religioso, se dirigió precipitadamente á Narni para ser el primero en llevar á José la noticia, pedirle órdenes para el empleo de tan respetable cantidad, y demostrar su reconocimiento al difunto bienhechor. Montó á caballo, á marchas forzadas recorrió la distancia que separa á Narni de Roma, dejó el caballo en la cuadra, y fué á dar la noticia á José. Muy pronto se distribuyeron los seis mil escudos. Mandó José que se pagasen las dos casas que se habían comprado junto á San Pantaleón, en la calle de Cucaña, que se dijera cierto número de misas por aquella alma caritativa, que se celebrase un funeral con toda la solemnidad posible, y en fin, que en una lápida de mármol se perpetuase la memoria de aquel bienhechor. Dispuesto todo de esta manera, fué el Padre García á la cuadra á buscar el caballo; pero el caballo estaba muerto; no había podido soportar aquella carrera tan forzada. Avergonzado y confundido por su imprudencia, llamó á los otros Padres que sintieron en gran manera aquella pérdida tan considerable para aquella casa, no siendo fácil hallar otro animal para que volviese el Ecónomo á San Pantaleón. Consolóles José, diciendo: «No está muerto el caballo, está descansando después de tanta fatiga». Aseguráronle los Padres que estaba realmente muerto, pues lo habían visto y tocado ellos. «Os digo que no está muerto; procurad levantarle y ponerlo derecho, y veréis.» Acostumbrados á obedecer, levantaron el caballo con no poco trabajo, y ayudándose todos mutuamente, recobrando al punto las fuerzas y la vida, y pudiendo volver el P. García á San Pantaleón. Todos los hechos maravillosos que hemos relatado en este capítulo, son algo más que tradiciones populares ó relatos de historiadores. Los hemos sacado de las Actas del proceso de Beatificación: fueron afirmados con juramento por muchos testigos. ¡Cuántos sucesos se narran en la historia profana que no nos presentan señal alguna de certidumbre, y los aceptamos sin ninguna dificultad! No se trataba de hechos de las edades antiguas, desfigurados por la tradición, porque se introdujo el proceso después de su muerte, terminándose con la Beatificación en 1748.

El funeral del Cardenal fué solemnisimo: se dijo la oración fúnebre, y se consagró su memoria en una lápida de mármol que está todavía sobre la puerta de la casa. Con ello cumplió José con los tres grados de la virtud de la gratitud, como los enumera Sto. Tomás: «En el primero reconoce el hombre el beneficio recibido; en el segundo da las gracias; y en el tercero retribuye el beneficio en cuanto puede (1).

(1) In qua primum est quod homo acceptum beneficium recognoscat: secundum est, quod laudet et gratias agat; tertium est, quod retribuatur pro loco et tempore, secundum suam facultatem (2.^a 2.^{ae} 107. 2).



CAPITULO XII

Congregación de las Escuelas Pías

1621-1622



EL 28 de enero de 1621 murió en Roma el Soberano Pontífice Paulo V. Ya en pocas palabras hemos dicho en la introducción que fué un gran Papa. Dolor inmenso causó á José aquella pérdida de tan benévolo y poderoso protector, precisamente cuando llegaba á su complemento la obra de las Escuelas Pías. Estaba prescripto en sus Constituciones lo que debía hacerse en la muerte del Papa, y trató de que se cumpliera con exactitud.

Además del solemne funeral en todas las casas de las Escuelas, se celebraron gran número de misas por el descanso de su alma, asociándose los niños á las oraciones, que no interrumpió él hasta la elección del nuevo Pontífice.

El 6 de febrero pasó por Narni para el Conclave, que fué convocado muy pronto, el Cardenal Alejandro Ludovisi, de su arzobispado de Bolonia. Se alojó en las Escuelas Pías, como lo había hecho hacía quince meses. Recibióle José con el más tierno afecto y con el respeto más profundo, teniendo especialísimo placer el Cardenal en conversar largamente con él. Dióle su opinión sobre las Constituciones que estaban para terminarse, sintiendo al mismo tiempo que se aumentaba el afecto que profesaba al P. José. Iluminado de lo alto le anunció nuestro Santo que apenas llegase al Conclave, sería elegido Papa, y le suplicó al mismo tiempo que se dignase proteger su incipiente Congregación. Prometióselo el Cardenal de todo corazón, y poniéndole la mano en el hombro, le añadió: «Padre, si me concede Dios la gracia de poderlo hacer, le prometo de veras que lo haré con todas mis fuerzas». Al día siguiente, 8 de febrero, celebró la Santa Misa en la capilla privada de los Padres, abrazó estrechamente á José, y partió para Roma. El 6, escribía José al P. García. «Espero que pronto se reunirán en Conclave los Cardenales. Aquella palabra *espero* la consideraron sus hijos como una profecía. Añadió además para no llamarle tanto la atención, «á lo menos lo deseo». En efecto, el 8